

VOZ DEL PUEBLO MEXICANO A SU AUGUSTO EMPERADOR

Quando el ponderoso yugo de la tiranía más nefaria que han conocido los siglos agobiaba nuestros cuellos: cuando la superstición y el fanatismo elevados al rango del ministerio, y colocados cual deidades mentidas en el santuario de las leyes, usurpaban sus fueros a la justicia, dirigiendo a una multitud de racionales a fuer de orangutanes u hotentotes; y cuando la débil mano de un déspota erguido obstruyendo el arcaduz de la ilustración nos hacía presentar a la faz de todo el orbe en espectáculo lastimero, prudencia era sofocar dentro del pecho los sollozos, cubrir nuestro semblante con un denso velo, articular las palabras con suma moderación, sin que el motivo más justo nos impeliese a manifestar nuestro sentir; empero desde que el grito de libertad lanzado en Iguala se difundió por todo el continente con más celeridad que el fluido eléctrico, sería degenerar del ser que disfrutamos si las quejas permaneciesen estancadas.

El Pueblo Mexicano cansado ya de promesas ilusorias desea ver el fin de su oscuridad. Ni los pomposos títulos de Imperio y Nación Independiente, ni la mágica voz de libertad, ni las frases más encantadoras pueden contener su gloria, satisfacer su ambición, ni compensar de modo alguno la dilatada serie de sufrimientos injustos. Si a la par de estas insignificantes palabras no se reúnen la sobriedad, la fortaleza, la parsimonia, la ilustración, para zanjar el sólido cimiento de la gloria nacional sobre las bases firmísimas que nos han presentado las desgracias.

Tres centurias de años no han bastado para corregir la opinión, treinta y tantas veces ha girado la esfera por los signos del zodiaco, y nuestra apatía ha permanecido sin decaer; mas ¿cómo verificarse este fenómeno bajo la férula de los Bajáes, designados por la caramilla española para adormecer en nosotros las dulces impresiones de la virtud sólida y varonil, extinguiendo el fuego patrio? El gabinete de México más tenebroso en sus maquinaciones que la gruta solidaria del melancólico búho, más inconsecuente a sus promesas, que los volubles caprichos de un Sultán, se apresuraba a remachar los eslabones de la cadena fatal, en tanto que la llamada Metrópoli, cebada en los tesoros de esta preciosa parte del globo, desatendía nuestros clamores quedándose esparcidos sobre el dorso mismo del inmenso piélago.

Pero salve alma patria: el arbitro de los Imperios desenrolló el cuadro de sus decretos: en el libro del destino se hallaba escrito, que un genio modelado al nivel de los héroes más famosos había de quebrantar la ignominiosa coyunda que te envilecía. Tronó el cielo, y en los cuatro ángulos de la esfera, resonaron las voces del Altísimo tan majestuosas y sublimes, como las que oyó S. Juan en el Apocalipsis. *Yo renuevo todas las cosas*, dijo el ente soberano; y el eco reflecta hacia el sur del

continente. Apenas Iguala siente vivificarse de un espíritu nuevo, que cual jugo nutricio corrobora sus miembros, cuando toda la América depone su antiguo luto. el niño inocente y el viejo caduco, el sexo bello y el fuerte, el joven atlético y la dama pulida, gritan a una voz *Independencia*. El letrado desde el bufete y el militar en la campaña, el labrador en las sementeras y el comerciante en su tráfico, el sacerdote desde el santuario y el vicioso forajido desde la horrible sentina, sienten inflamarse de un noble brio y acuden todos a la defensa, no sé si con más velocidad que la tímida corsa por el prado huyendo de la mortífera aljaba o con más furia que la rugiente leona por la selva en pos de la mano ofensora.

¡Que días tan risueños y brillantes! ¡Que horas tan apacibles y serenas, aquellas en que vi desvanecidas las esperanzas del antiguo despotismo! Cayó (decía) cual coloso de Nabuco: la antorcha luminosa de la política más circunspecta y refinada mostrándonos las ruinas y escombros do tantas veces se había estrellado nuestra credulidad y vana confianza, servirá de un lazarillo que nos encumbra sobre la cúpula dorada de la inmortalidad. Entonces la libertad individual no será como hasta aquí una ilusión fantástica: entonces no corromperán los tribunales, el soborno, el poder, o la sórdida adulación: entonces la águila Imperial remontando su vuelo desplegará las alas protectoras del Septentrión al Mediodía: entonces finalmente la conducta más pura y morigerada hará renacer entre nosotros el feliz albor de aquellos días, que nunca gozarán la naciones Romana y Ateniese en el auge de su esplendor.

Se ha llegado el caso de este periodo tan suspirado de los buenos. Elevado V. M. al solio de Motheuzoma, necesita de todas sus virtudes para afianzar la gloria de sus pueblos. Ahora es cuando la integridad, la ilustración, el desinterés, la sobriedad y parsimonia, tienen de obrar unidas para hacer nuestra felicidad logrando el renombre de fuerte más allá de los horrores del sepulcro: ahora es cuando debéis mostrar al mundo entero, que el clima americano tan feraz es para producir fieras en la campaña como linceos en el gabinete, ahora en fin debe conocer la Europa culta, que sin talar campos, abrazar pueblos, dismantelar torres, ni abortar lastimeras horfandades, supimos igualmente adaptar la forma de gobierno más conveniente a las luces del siglo, estado de población y fuerza, localidad del país, espíritu público, representación en el mundo civilizado, preocupaciones y temperamento. Mas cuando observo la desgraciada situación de mi cara patria, despedazada en su seno por facciones turbulentas batallan dentro del pecho los más contrarios afectos, mi espíritu desfallece: una amargura letal, discurre lánguidamente por los nervios, de modo que solo las virtudes raras de esa alma singular tranquilizan mis temores. ¡Ah Señor! la Providencia colocó ya a V. M. en la categoría de los Reyes; y de lo alto del Empireo lanzó siempre su persona las influencias de su gracia, del mismo modo que las anatemas de su justicia.

Tocó Dios la esfera, e hizo retemblar las bóvedas del Típaro. Por mi (dijo) reinan los Reyes, y los Legisladores sancionan. El Rey que juzga a sus pueblos en la verdad, afianzará su trono para siempre. El Rey sabio disipa a los impíos y ejerce sobre ellos la autoridad de su poder. ¡Qué cosa es el soberbio más que polvo y

ceniza? El Rey hoy lo es, mañana morirá; y por último concluyó diciendo. Oíd pues Reyes y entendad, escuchad Príncipes y Magistrados de la tierra, exponed vuestros oídos los que os complacéis en la multitud de las naciones y pueblos, porque ese poder y grandeza han sido dados por el Señor que escudriñará vuestras intenciones, y os hará graves cargos en el tremendo día de sus venganzas, porque no anduvisteis por las sendas de la justicia, porque no protejisteis su ley, ni practicaseis su voluntad. Se os aparecerá muy en breve y con aspecto muy severo, porque es muy terrible el juicio que se hace a los dominantes, y los poderosos poderosamente son atormentados.*

Dígalo si no el ambicioso Alejandro, el orgulloso César, el invicto Pompeyo, y en nuestros días el inexpugnable Bonaparte descendió su gloria hasta el seno de la tierra, exhalaron su postrimer suspiro, o devorados por una emponzoñada bebida o divididos por el golpe inexorable del acero. Sus cenizas descansan confundidas entre la existencia y la privación, y yacen entre la entidad y la nada; más sus errantes espíritus vagan por el silencioso espacio de la eternidad, morando violentados en sus esencia y por todas partes rodeados de vestigios horrorosos. Su memoria y hazañas se borraron para nunca brillar quedando solo entre los hombres la idea de su ferocidad, y sevicia para dibujar sus hechos con estupenda execración.

He aquí V. M. las palabras de la verdad increada confirmadas con sucesos auténticos y positivos, la que inmutable y eterna repetirá las mismas escenas siendo idénticas las circunstancias. Extienda V. M. la vista hacia este mismo pueblo que acaba de proclamarlo Emperador: él os eligió confiriéndoos la púrpura y el cetro, porque desea su felicidad: corresponded amante a sus deseos: sabe que de esa mano benéfica no pueden descender sino piedades: sabe que V. M. es ahora el prototipo de las virtudes, le constan las obligaciones que habéis santificado en las aras immaculadas de la patria; y todo él se halla penetrado de que Agustín primero es el varón más fuerte que conocieron las edades.

Pero en medio de tan íntimo convencimiento, en medio de tanto júbilo y placer, vuelva V. M. la hoja hasta aquellas cláusulas que dictó el mismo Espíritu Santo. El héroe cristiano los repasa atentamente, y de cada una exprime el delicioso néctar, que jamás libarán los pensiles de Babilonia. Dice que vuestro poder es ejecutivo, y legislativo el del Congreso: *Los Reyes por mi reinan y los legisladores sancionan*. Dice que si V. M. detesta al político ambicioso, al sórdido adulator, al egoísta y turbulento, al amotinado y faccioso será feliz en su Imperio, y no vacilará la diadema en sus sienas. *El Rey que juzga a sus pueblos en la verdad, afianzará su trono para siempre*. Dice que si V. M. es sabio, esto es justo, castigará a los impíos, y ejercerá su autoridad sobre todas las almas viles que atenten contra la Soberanía del Congreso, la libertad del pueblo, y los derechos legítimos del hombre: *el Rey sabio disipa los impíos, y ejerce sobre ellos el poder que le es conferido*, por último, enseña la caducidad de las cosas humanas, las vicisitudes de los Imperios, y la inestabilidad de las naciones, concluyendo con las palabras más conminatorias hacia aquellos Prínci-

* *Literales palabras de varios lugares de la Escritura especialmente del Eclesiástico y la sabiduría.*

pes, que no protegieron su ley, que no anduvieron por la senda de la justicia, o no practicaron su voluntad: oíd Reyes. Medite V. M. estas palabras que traslado del seno del Altísimo; y repela en todos instantes las insidiosas máximas del vil palacio. Sea V. M. más cauto con sus oídos que prevenido para su paladar, porque el veneno que se confecciona para los Príncipes, es más activo ministrado por aquel órgano. La diestra del Omnipotente reanime las virtudes de V. M., y sea la ejide poderosa que lo ponga a cubierto de todas las adversidades.

Señor

B. LL. PP. de V. M.

C. M. Spesin Livo

NOTA

El autor de este papel ofrece un periódico, cuyo prospecto verá la luz el sábado de la presente semana. Los individuos que gusten subscribirse podrán verificarlo en esta oficina.

México: 1822

Oficina de Betancourt